

Título del original en inglés: *Collected Papers*
© 1989 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Alcira Bixio

Primera edición, Marzo de 1994, Barcelona.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1.ª
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-475-0
Depósito legal: B. 8.960/1994

Impreso en Libergraf
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. El cuento de la gatita Dory	17
2. Una buena revolución merece otra	21
3. ¿Sofocar el problema o encontrarle una solución?	40
4. David Epston: "Una reflexión"	45
5. En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985), Cynthia Barlow, David Epston, Mike Murphy, Lynn O'Flaherty y Louise Webster	50
6. ¿Eres un candidato para entrenarte en karate mental?, David Epston y Ben Cole	80
7. Vigilancia nocturna. Tratamiento de los temores de la noche	84
8. Perdedor en casa y ganador fuera de casa	107
9. Contrasueños	110
10. ¿Competencia o cooperación?	120
11. Entrevista con David Epston	125
12. Algunos casos de rechazo escolar	131
13. ¿No crees que deberías hacer una reserva?	137
14. Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera	142
15. Dos historias paralelas	145
16. Usted nunca nos dijo que éramos malos padres	151
17. La familia que cargaba con una maldición	155
18. Un intercambio justo	158

se encierren exclusivamente en ellas, pues eso acabaría con gran parte del entusiasmo que mencioné antes. Incorporar nuevas ideas y nuevos horizontes ha sido siempre una de las tradiciones más vivificantes de la terapia.

12

Algunos casos de rechazo escolar*

La familia Reagan

La familia Reagan ya era bien conocida en nuestra institución. El hermano mayor de Ben ya se había negado antes a asistir a la escuela y había sido admitido en una unidad psiquiátrica infantil de internación que, mediante un tratamiento intensivo, lo había ayudado a reintegrarse regularmente a clase. Ahora, parecía ser el turno de Ben, de 10 años. El niño y la madre tenían una cita con el asesor de nuestra institución para que éste evaluara la posibilidad de admitir al chico. Llegaron una hora tarde en un taxi y fue fácil oírlos llegar. Mi colega les comunicó que, precisamente, en ese momento debía marcharse y me preguntó si yo podía atenderlos ya que evidentemente, la señora Reagan había logrado arrastrar al niño al consultorio, aunque con una hora de retraso. Me entregó una carpeta bastante voluminosa. Aunque no tuve tiempo de leerla completamente me interesó el hecho de que ese muchachito bien constituido, hijo de un ex boxeador, mojara la cama todas las noches.

La madre y el hijo parecían próximos a estallar dentro de mi consultorio, discutiendo en voz alta y sin disimulo. Antes de que la señora Reagan comenzara a quejarse de su hijo, la detuve, levantando una mano en señal de "Basta" y dije: "Ben, eres un muchacho grande y fuerte y tienes 10 años, ¿no te hace sentir molesto y cansado mojar tu cama?" Ben me miró bastante aturdido y asintió mansamente: "¡Sí!" Le dije entonces que aquel era su día de suerte. Le pregunté también si sabía que, precisamente, en el consultorio que estaba frente al mío atendía uno de los más famosos expertos del mundo en resolver el problema de los "mojadores" de camas. "¿Lo sabías?". Ben me confesó que nunca

*Publicado en *Journal of Strategic & Systemic Therapies*, 4, 3, págs. 49-53.

había oído hablar de él. Yo continué: “¿Te molestaría que le pida su opinión al doctor Taylor?” y le aclaré que ser un experto mundial significaba que muchos, muchos niños que tenían ese problema deseaban venir a consultarlo y a pedirle que los ayudara, de modo que él no podía atenderlos a todos. Salí de mi consultorio, crucé al de mi colega y le pregunté si aceptaría que yo le derivara un paciente. El médico me dijo que sí, de modo que esperé unos cinco minutos y regresé junto a los Reagan. “Me dijo que no tendría problema en tratar tu caso, pero que está terriblemente ocupado. La mayor parte de los “mojadores de cama” que atiende son mayores que tú. En realidad, ayudó a una mujer de 23 años con dos hijos que dejó de mojar la cama hace sólo unos días. Tu sólo tienes 10 y el doctor Taylor cree que puedes vivir con tu problema uno o dos años más. Yo le repliqué que tú estabas hablando muy en serio y que el hecho de mojar la cama todos los días te tenía enfermo y cansado. Entonces él me pidió que te preguntara si *realmente* el asunto te importaba mucho”. Los ojos de Ben brillaron: “¡Sí que me preocupa *realmente*!” Le dije entonces a Ben que volvería a hablar con el doctor Taylor para ver si eso lo convencía. Salí de la habitación y regresé cinco minutos después. “Las cosas marchan. Me dijo que hay una posibilidad, pero que quiere probarte y ver si *realmente* te importa tanto. ¿Quieres que te someta a una prueba?” Ben respondió inmediatamente que sí. Volví a retirarme y regresé cinco minutos después. “El doctor Taylor me dijo que realmente está excedido de trabajo y que hacer el test ahora no daría buenos resultados. Pero me prometió que si durante este período asistes al 95% por ciento de las clases te ayudará”. A partir de ese día Ben asistió a más del 95 por ciento de las clases y, además, se convirtió en el capitán del equipo de rugby de la escuela.

Ronald

Ronald, de 15 años, era un muchachito muy inteligente, único hijo de un hombre débil de 70 años y una madre de 54. Ya habíamos tratado antes a esta familia en nuestra unidad. El padre se había jubilado recientemente y desde ese día, Ronald se negaba a concurrir a la escuela. Mis colegas me pidieron que asistiera a esta familia pues temían seriamente que el señor Peterson, que había sido sometido recientemente a una operación quirúrgica a corazón abierto, no sobreviviera a los arranques de malhumor de Ronald que incluían rotura de ventanas y muebles. La señora Peterson además sufría de angina y también estaba preocupada por su propia salud. Al leer la carpeta de los Peterson hubo varias cuestiones que me impresionaron. Ronald, a pesar de asistir muy poco a clases mantenía un promedio de

A. En segundo lugar, el chico había sufrido una enfermedad neurológica cuando tenía tres años y, aunque el neurólogo, el pediatra y el psiquiatra infantil habían asegurado que el problema estaba resuelto y no había dejado secuelas, el señor Peterson no estaba completamente convencido de que fuera así.

La familia entró a mi consultorio en el siguiente orden: primero Ronald, luego la madre y, un instante después, el padre. Le pregunté a Ronald por qué no estaba asistiendo a la escuela y él me contestó: “¡A causa de esos dolores de cabeza!” Antes de que la palabra fuera pronunciada ya el señor Peterson me estaba ofreciendo la historia clínica de la enfermedad neurológica de Ronald. Cuando concluyó le dije: “Ronald, ¿qué nota tienes en historia?” El chico respondió: “A”. Me volví hacia el padre: “Señor Peterson, ¿cree usted que el cerebro de su hijo está un poco estropeado?” “No”, respondió el hombre. Le pregunté al jovencito: “Ronald, ¿qué calificación tienes en matemáticas?” “A”. “Señor Peterson, ¿le parece que su hijo ha perdido parte de su cerebro?” “No”, replicó el padre con creciente placer. “Ronald, ¿cuánto tienes en biología?” “A”. “Señor Peterson, ¿cree usted que el cerebro de su hijo está enmohecido?” “¡No!” Me dirigí entonces nuevamente a Ronald: “¿Cuánto duró tu último dolor de cabeza?” El chico me contestó orgullosamente: “Media hora”. “Ah, eso no es nada. La semana pasada conocí a un chico de tu edad que tuvo un dolor de cabeza que le duró tres días. En realidad él estuvo sentado en la silla en que ahora estás tú. ¿Adivinas cuánto tiempo necesitó para que le hiciera efecto la autohipnosis?” Ronald respondió: “No lo sé”. “Veinte minutos. Eso fue todo. ¿Quieres telefonarle? Estoy seguro de que le agradecerá contártelo. Es un muchachito inteligente como tú”. * Como suele ocurrir, Ronald declinó mi invitación, pero manifestó un vehemente interés por la cuestión de la autohipnosis. “Supongo que te interesaría saber más sobre la hipnosis”, le dije. Ronald asintió. Le expliqué a grandes rasgos qué práctica le exigía la autohipnosis y acompañé a la familia Peterson hasta la puerta. Todos parecían sorprendidos de que la consulta sólo hubiera durado unos veinte minutos. Luego les envié la siguiente carta:

Queridos amigos:

Ronald accedió a regresar a la escuela al salir de la práctica hipnótica. Calculo que logrará cumplir una asistencia del 95% y creo que su enfermedad se reducirá por lo menos a unos 38 °C. Ronald practicará sus dolores de cabeza en casa durante una hora por día. Sus padres aceptaron dejarlo solo en esos momentos. Ronald consintió en llevar un registro diario del tiempo que necesita para provocar el dolor de cabeza, el momento

*Tengo la costumbre de pedirles a los pacientes que han tenido éxito que “ayuden” a otros que posteriormente yo pueda tratar por problemas similares. Felizmente, casi siempre obtengo una respuesta positiva.

en que detiene el dolor de cabeza y qué va ocurriendo durante la práctica. En suma, Ronald se hará responsable de sus propios dolores de cabeza.

Les telefonearé el primer día de clases del próximo período para saber cómo les fue con la experiencia.

Buena suerte.

Sinceramente, D. E.

Me comuniqué con la familia en la fecha acordada. Ronald había asistido al 100% de sus clases desde el día en que me viera y se había marchado muy contento el primer día de clases del nuevo período. Ya no sufría dolores de cabeza y no tenía más aquellos “arranques de mal humor”. La señora Peterson advirtió incluso que el chico había logrado refrenar sus impulsos en varias ocasiones, por ejemplo, cuando su equipo de música estéreo no funcionó, él no lo arrojó lejos como era su costumbre.

Le escribí a Ronald la siguiente carta:

Querido Ron:

Sé que has logrado los cambios convenidos y que tus dolores de cabeza desaparecieron. Si deseas recomenzar con las prácticas de hipnosis, llámame. Si consideras que ya no es necesario, telefonéame cuando terminen las clases de este período.

Sé que puedo confiar en ti.

Sinceramente, D. E.

Jenny

Jenny tenía ocho años y durante el último había estado quejándose de continuos dolores de estómago que le habían hecho perder un 20% de las clases. Además, después de sufrir una amigdalitis, fue operada y estuvo convalesciente durante quince días. No obstante, desde entonces, continuaba quejándose del dolor de estómago los días de clase únicamente. El médico clínico de la familia declaró que la niña estaba médicamente sana y se lo comunicó a la propia Jenny. También los padres aceptaron que, desde el punto de vista médico, la niña estaba perfectamente. Pero la firmeza de la señora Walker decayó cuando Jenny extendió las quejas al resto de su anatomía: dolor de un dedo del pie, dolor de un brazo, etc. Jenny siempre tenía dificultades para asistir a la escuela a pesar de ser “una alumna brillante” y de tener unos “cuadernos encantadores”. La señora Walker la iba a buscar para llevarla de regreso a casa cada vez que Jenny lloraba porque “parecía muy desgraciada”. Además me confesó que era una madre “demasiado blanda” y que se turbaba fácilmente cuando veía alterados a sus hijos. Por su parte, el señor Walker tenía la preocupación de que su hija pudiera llegar a ser una hipocondríaca neurótica como su propia ma-

dre que sufría continuamente de “dolores de vientre”, de modo que al hombre le costaba bastante aceptar la disposición de ánimo débil de su mujer y compartir sus preocupaciones. La señora Walker había sufrido considerablemente antes de ser sometida a una operación de médula que había exigido tres meses de internación y de la que ya habían transcurrido tres años. La mujer se sentía turbada por haber necesitado los servicios de un psiquiatra en aquel momento. Sin embargo, desde que compartía la responsabilidad de administrar una lechería, la madre de Jenny había “cambiado por completo” y ya no tenía dificultades para relacionarse con los demás, ni para salir, aunque se quejó de su creciente impaciencia y de la impotencia que sentía ante la indocilidad de su hija. Se daba cuenta de que siempre terminaba enumerando una retahíla de argumentos para convencer a su hija, hasta que el marido intervenía y le pedía que acabara con eso y le diera “un poco de paz”.

Estuvimos de acuerdo en llevar adelante el siguiente plan que discutimos la noche anterior, destinado a (1) desautorizar las quejas sobre cuestiones físicas y (2) “seguir insistiendo”.

Desautorizar las quejas sobre los problemas físicos

- a) Llevar un registro diario de la cantidad de quejas.
- b) Si sospechan que Jenny está “simulando”, deben responder con hechos concretos;
- c) Cualquier día que Jenny se queje de sentirse enferma, debe prohibírsele ir a nadar a la piscina. Esto no significa que la hermana o las amigas deban privarse de pasarlo bien en la piscina;
- d) Si por alguna razón no están seguros de la “simulación”, deben llevarla a ver a su médico.
- e) Ya he hablado de la cuestión con él. El doctor la examinará y si encuentra que la niña está bien la tratará con cierta frialdad y no les co-brará la consulta.

“Seguir insistiendo”

- a) Cuando le solicite algo a Jenny, hágalo con la correspondiente explicación, por ejemplo: “Tu dormitorio es un desastre. Quiero que lo ordenes”.
- b) Si Jenny no cumple, dígame: “Supongo que no oíste lo que dije, te lo diré en voz más alta”. Repita la orden palabra por palabra con firmeza.
- c) Si ella continúa sin cumplir, dígame: “Supongo que te pone de mal humor tener que hacer lo que te pedí, de modo que te daré un minuto para

que lo hagas". Mientras se lo dice debe desviar la mirada y observar el reloj.

d) Si Jenny continúa sin obedecer, envíela a su padre para que éste le imponga un castigo (dos minutos de silencio).

e) Si la niña continúa sin cumplir lo que se le ha pedido, recomience el "tratamiento" hasta que obedezca.

Buena suerte.

Les telefoné dos meses después. Jenny había tenido solamente un dolor de estómago; además la conducta de la niña "había sido sobresaliente". No hizo falta aplicar castigos, aunque la señora Walker siguió rigurosamente el procedimiento. El único episodio de dolor de estómago había ocurrido cuando recomenzaron las clases. La señora Walker me aseguró que "no había cedido fácilmente", pero que como estaba muy preocupada prefirió consultar al médico. El doctor examinó a la niña y decidió que ésta debía regresar a la escuela ese mismo día. Como la madre temía capitular ante las lágrimas de Jenny, le pidió al padre que la llevara de regreso a clase. Un mes después ya no hubo quejas de dolores de estómago y pasado un mes más, la niña comenzó a adaptarse perfectamente a la idea de que debía ir a la escuela todos los días. No había hecho falta imponerle ningún castigo, aunque alguna vez "estuvo cerca de merecerlo".

13

¿No crees que deberías hacer una reserva?*

Michael, de 14 años, había sido denunciado por encender hogueras en la principal carretera norte-sur de Auckland. La carta con la que me lo derivara una psicopedagoga venía acompañada por diez páginas con las quejas de los profesores de Michael referentes a su mala conducta que había empezado a manifestarse a los 5 años. La psicopedagoga caracterizaba al muchacho como un "sociópata", pero señalaba que lo hacía a disgusto y con ciertas reservas.

Como la familia del jovencito vivía a 80 kilómetros al norte de Auckland, combiné con la señora Hart para reunirnos cuando Michael saliera de la comparencia ante el tribunal. Al hablar por teléfono con ella advertí que la madre de Michael no había comprendido claramente la segunda parte de la sentencia; éste debía pagar una multa de 75 dólares por los daños y estar bajo la supervisión del Departamento de Bienestar Social.

Distribuí las sillas para todos los miembros de la familia de un modo que me pareció cómodo y natural, pero tanto el señor y la señora Hart como el propio Michael rechazaron mi definición espacial y se colocaron uno en cada ángulo de la habitación. Cuando le pregunté a Michael qué había sucedido en el tribunal, el muchachito y la madre comenzaron a reír. Cuando comenté que encender hogueras no era un asunto para bromear, dejaron de reír. La señora Hart se secó las lágrimas de los ojos y me tranquilizó: "Mikey ya se arrepintió". Al responder a cualquiera de mis preguntas, en especial aquellas referentes a Michael, la madre se mostró vaga, incomprensible e incoherente. El señor Hart, que hasta entonces había estado mirando a través de la ventana, se volvió hacia mí y murmuró que se trataba de "un problema hormonal". Tomé entonces los

*Publicado en *Journal of Strategic & Systemic Therapies*, 4, 3, 1985, págs. 47-49.